pueblos alrededor que es la mejor vista de el mundo por ser muchos de muy hermosos edificios y muy fértiles, que serían en todas treinta ciudades. Decían algunos castellanos que aquélla era la tierra para su buena dicha prometida y que mientras más moros más ganancias. Otros, que lo miraban más sosegadamente, conocían que iban en gran peligro y decían que era tentar a Dios meterse tan pocos entre tanta multitud de gente, de donde después no pudiesen salir. De aquí nació un motín y alteración oculta; pero el buen ánimo que Cortés mostraba con su industria, a unos animando y a otros dando esperanzas de grandes bienes y a los demás confirmando en el buen corazón que llevaban, lo deshizo. Durmieron una noche en la cumbre de el puerto, adonde estando de guarda Martín López con mucha obscuridad porque descubrió un bulto, encaró la ballesta y queriendo apretar la llave habló Cortés y dijo: ¡ah de la vela!; y si no hablara le matara. Quedó escarmentado para no acercarse para adelante tanto a las centinelas y ésta se tuvo por una de las felicidades que siempre tuvo. Sintieron gran vocería y la guarda mató quince indios mexicanos que creyeron ser espías. Otro día hallaron muchos árboles atravesados en la bajada de el puerto y un gran foso, adonde pudiera estar mucha gente emboscada.

CAPÍTULO XLII. *De cómo Ixtlilxuchitl viendo que Cortés no iba por Calpullalpa, donde le aguardaba, se vino a vista de la ciudad de Tetzcuco para encontrarse con él; y de cómo Fernando Cortés entró en Tetzcuco*

ESPUÉS DE LO DICHO en el capítulo pasado, bajó el ejército a lo llano y alojáronse los castellanos en un lugar muy apacible y seguro de sus ordinarios recelos; y los indios amigos hicieron de presto muchas barracas en las cuales se aposentaron, que serían hasta seis mil los tlaxcaltecas, cempoaltecas, huexotzincas y cholultecas que venían, los cuales para ser diferenciados de los otros que entraban y salían en el ejército, que no eran conocidos, llevaban en sus cabezas coronas o guirnaldas de una yerba, a manera de esparto, y alguna de la gente de Motecuhzuma les dieron aquella noche muy bien de cenar y ofrecieron algunas mujeres a su usanza. Pero como Ixtlilxuchitl, hermano del rey Cacama, que estaba con toda su gente en las fronteras de Calpullalpa, aguardando la llegada de los hijos del sol, vido que mudando de parecer iban por otro camino, hizo mover sus huestes y pasar la sierra y vínose a estotra parte de ella y situó su campo a vista de la ciudad de Tetzcuco para aguardar allí la salida de nuestros castellanos. Estando en este puesto le vinieron mensajeros de su hermano mayor, Cohuanacotzin, que estaba en la ciudad apercibiendo comida y lo demás necesario para si los castellanos pasasen por ella, para ir a Mexico, el cual le enviaba a decir que en todo caso se viesen y dejasen odios pasados, porque no era ya tiempo de andar discordes ni divisos. Holgóse

Ixtlilxuchitl de este recaudo y tomó la posta y se vino a la ciudad; al cual, sabiendo sus hermanos que venía, le salieron a recibir con mucho acompañamiento y alegría y se abrazaron con mucho amor y contento. Y ésta fue la primera vez que se vieron después de las diferencias que hubo entre ellos, acerca de la sucesión de rey, por la muerte de su padre Nezahualpilli. Y después de haberle aposentado y regalado, como a hermano, trataron entre sí de muchas cosas; y Cohuanacotzin le dijo lo que pasaba en Mexico y cómo el rey Cacama, su hermano, estaba allá y que Motecuhzuma, su tío, le había cometido el recibimiento de los españoles y que él había venido por orden de su hermano a apercibir lo necesario para si acaso pasasen por allí; y que pues ya tenían nueva cierta de cómo venían por aquella parte, tenía por acertado que lo fuesen a convidar y a pedir que entrase en ella. Y como era esto lo que Ixtlilxuchitl deseaba, dijo que le parecía bien, y con esta determinación fueron a hacerle convite.

Salieron de la ciudad Cohuanacotzin y sus hermanos con mucho acompañamiento y fueron a recibir a los castellanos, poco más de una legua de la ciudad, donde la noche antes habían dormido; y cuando Cortés supo de su venida se receló algún tanto temiendo no fuese gente de guerra que quisiese hacerles algún mal; pero luego se quietó, sabiendo los que eran y el intento con que iban. Los señores llegaron donde estaban los castellanos, enseñáronles el capitán, que era al que buscaban; y luego Ixtlilxuchitl se fue a él con mucho gozo y le hizo acatamiento a su usanza, y Cortés a la suya respondió con lo mismo, y lo mismo hicieron todos, y mirando la persona de el capitán quedaron admirados de ver hombre tan blanco y con barbas en el rostro y que en su brío representaba grande majestad. Cortés por el consiguiente, de verlos a ellos que eran de muy buena disposición y venían ricamente aderezados y en especial se admiró de ver a Tecocoltzin, que no había español en el ejército más blanco que él; y al fin de haberse saludado le rogaron por lengua de Marina y Aguilar que se fuese a Tetzcuco para regalarle y servirle. Cortés agradeció el ofrecimiento y admitió el convite, diciéndoles que para más espacio dejaba cosas grandiosas que tenía que decirles. En aquel lugar comieron todos los del ejército de las cosas que los tetzcucanos les habían traído. Luego caminaron a la ciudad y los salió a recibir toda la gente de ella con grande aplauso y espanto de verlos; hincábanse de rodillas los indios y adorábanlos por hijos de el sol, su dios, y decían que había llegado el tiempo en que su caro y querido rey Nezahualpilli había dicho diversas veces. De esta suerte entraron y los aposentaron en la tecpan, que son los palacios reales, y allí tomaron algún descanso de el cansancio pasado de los caminos.

En Mexico entraban y salían correos apriesa dando aviso de todo lo que pasaba a Motecuhzuma, el cual se holgó mucho cuando supo que Coanacotzin y Ixtlilxuchitl se habían hablado, porque entendía que nacería de aquí el retirar Ixtlilxuchitl la gente de guerra que tenía en las fronteras. Pero el que todo lo sabe lo tenía ordenado de otra manera; y luego llamó a consejo, en el cual se hallaron su sobrino Cacama, rey de Tetzcuco y Cuitlahuatzin, señor de Itztapalapan, su hermano (que después le sucedió

en el imperio); y con estos señores otros muchos, y a todos les hizo una larga plática, en razón de si se recibirían a los castellanos en esta ciudad de Mexico o no; a lo cual respondió Cuitlahuac que no parecía acertado darle permiso ni licencia para que entrasen porque una vez dentro no los podrían echar fácilmente fuera, si quisiesen resistirse, lo cual no harían de la fuerza de los ejércitos, no habiendo entrado y que en cualquier tiempo los tenían rendidos como los tuviesen fuera; pero Cacama, que era de grande corazón (y que si hubiera otros seis Cacamas en el reino no se burlaran tanto los españoles con los indios), respondió que era de contrario parecer, porque en no dejarles entrar en la ciudad (en especial estando ya a la puerta) se daba a entender grande cobardía y mucha falta de ánimo; mayormente que a la majestad de un tan gran rey, como era su tío, no le estaba bien dejar de recibir embajadores de otro rey que enviaba a visitarlo; demás de que si los huéspedes quisiesen algo, que a él no le diese gusto podía castigar su osadía con el valor de tantos y tan valerosos caballeros como tenía en su corte y reinos. Dieron y tomaron en esto un grande rato; y Motecuhzuma se arrimó al parecer de Cacama, al cual dijo Cuitlahuac, su hermano: quieran los dioses que no metáis (señor) en vuestra casa quien os eche de ella y os quite el reino; y que cuando queráis remediarlo no halléis tiempo ni medios para ello. Este parecer de Cuitlahuac abrazaron muchos de los presentes; pero no lo recibió Motecuhzuma, sino el de Cacama y así se acabó la consulta y salió determinado que el mismo Cacama, con otros muchos señores saliesen a recibir a Fernando Cortés y lo acompañasen hasta meterle en la ciudad, que tanto ver deseaba; y así se partió luego con su gente, con un muy grande y rico presente que llevaba para recibirle. Y a Cuitlahuac le fue ordenado que se fuese a su pueblo de Itztapalapan a aguardar los castellanos y que los recibiese con amor y caricia, para que en nada fuesen ofendidos y en todo fuesen regalados. Con este despacho quedó Motecuhzuma en Mexico y los dos señores se partieron al cumplimiento de lo ordenado.

CAPÍTULO XLIII. *De cómo Motecuhzuma envió un principal de su corte disimulado, para que pensasen los españoles que era el mismo emperador Motecuhzuma y conocer en el bien u mal que le hiciesen el pecho y intención de los castellanos*

COMO MOTECUHZUMA FUE INFORMADO de los mensajeros que iban y venían, de él a los españoles y de los españoles a él, como el capitán y todos los demás traían grandes deseos de verle y de hablarle y que no traían pensamiento de prenderle ni hacerle mal ninguno, antes venían con recelo de morir a sus manos; con todo esto pensó con el miedo que les había cobrado, que esto mismo harían en él si le viesen; y para más certificarse en esta sospecha y salir de ella, con la experiencia, ordenó que